

El tema de la homosexualidad masculina en *Tres ensayos de teoría sexual* de Sigmund Freud

NORMAN MARÍN CALDERÓN

Introducción

El psicoanálisis freudiano considera que la homosexualidad masculina no constituye ningún tipo de patología estructural. Estima que es estrictamente una manera particular de asumir la sexualidad de acuerdo a la relación que un sujeto sostiene con su deseo inconsciente. También la considera otra modalidad del amor, a saber, una manera distinta de amar, simplemente diferente al tipo heterosexual. Por su parte, la homosexualidad como tal no pertenece a ninguna estructura clínica en particular, sino que se presenta en todas ellas: así como existen homosexuales psicóticos (neuróticos narcisistas, según la nosografía freudiana de entonces), los hay perversos y también neuróticos (histéricos y neuróticos obsesivos).

Igualmente habría que recalcar que, de acuerdo con la teoría psicoanalítica desplegada por Sigmund Freud a lo largo de su obra, la homosexualidad masculina y la homosexualidad femenina no son, de ninguna manera, simétricas: su constitución y desarrollo son diferentes. En términos muy generales, se puede sostener que mientras el homosexual varón ama “lo mismo” en su partenaire, la mujer homosexual se identifica virilmente con la figura del padre en una posición de “rivalidad y desafío”. En este sentido, en el homoerotismo masculino rige lo *homo* –lo mismo–, mientras que en el femenino sobresale lo *hétero*, tal y como lo dilucida Jacques Lacan en “El atolondradicho”, cuando afirma que “llamemos heterosexual, por definición, a lo que ama a las mujeres, cualquiera que sea su propio sexo. Así será más claro” (2012: 491). Esto, sin embargo, sería tema de otra investigación. Así las cosas, en este ensayo solamente se hará referencia a la homosexualidad en el varón, y ésta desde la perspectiva meramente freudiana, a partir de un recorrido textual por sus *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905.

La teoría freudiana temprana sobre la sexualidad, en especial la relativa a la infantil, insiste en que la homosexualidad masculina no es ni una degeneración de la naturaleza humana, ni una predisposición genética depravada, como sí lo consideraban los colegas médicos y sexólogos de su época. Freud concluye que no es una enfermedad ni nada de lo que la persona deba afrentarse. Para él, la homosexualidad es, al igual que la heterosexualidad, una variante más del desarrollo psicosexual humano. Corresponde, en todo caso, a una elección de objeto particular y una posición libidinal diversa con respecto a la asunción de la sexualidad particular de cada quien. Es, por lo demás, una elección erótica que no la decide la conciencia. Más bien, es algo que se le impone al sujeto desde dentro en tanto que deviene en una elección psíquica de tipo inconsciente.

Valga la aclaración que no es hasta 1910, en el escrito sobre Leonardo da Vinci, que Freud adopta, por primera vez, el término “homosexual”, luego de que en *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905 había hablado de esta en términos de “inversión” – inversión en el sentido de cierta desviación del sujeto respecto con su objeto sexual “normal”, culturalmente hablando–: anotando, no obstante, que la “inversión” no es una “perversión”. Ciertamente, Freud, consecuente con el malestar de la cultura y moral de su época, proponía la heterosexualidad como la norma “social general” y la homosexualidad como un desvío de esta; sin embargo, nunca se refirió a ella en términos de degeneración, depravación o patología.

También cabe mencionar que *Tres ensayos de teoría sexual* es el escrito clave en donde Freud empieza a desarrollar su teoría general sobre la homosexualidad masculina, bajo la salvedad de que el texto original de 1905 sufre una serie de enmiendas y correcciones en pies de página que realiza constantemente hasta 1925. Allí Freud refiere a la sexualidad infantil como “perversa polimorfa”, incluyendo a la homosexualidad como una de sus diversas variedades. Por lo tanto, de acuerdo con la visión freudiana, la sexualidad humana es, y está, esencialmente, y de entrada, “des-naturalizada”.

Desde el preciso momento en que el sujeto habla, ingresando en lo que se conoce como la Civilización, su sexualidad deja de estar gobernada por el instinto, y queda, como ser hablante, enganchado a la pulsión. Lo que constituye la sexualidad, el cuerpo y el deseo humanos, ya no implica una pura causalidad fisiológica, sino, más bien, un orden simbólico que, gracias al lenguaje y la pulsión sexual, hace que la sexualidad humana se convierta en “otra cosa”: en este sentido, ser homosexual no es un destino

dictado por la Madre Naturaleza, sino el resultado del privilegio de ser hablante ahí donde deseo y pulsión confluyen, a propósito de la diferencia entre instinto (*Instinkt*) y pulsión (*Trieb*).

Finalmente, aceptamos firmemente que si ciertamente para un lector entendido de nuestro siglo el asunto de la homosexualidad masculina, tal y como lo presentan los primeros textos freudianos, ya está “superado” (a saber, supuestamente pareciera irrelevante discutir la naturaleza transbiológica de la sexualidad humana en general y la de la homosexualidad en particular, así como sus vicisitudes en el acontecer de la subjetividad y la dialéctica del deseo; es decir, ésta se asume hoy en día como un presupuesto teórico fundamental –básico– ya rebasado por la práctica psicológica, médica y hasta psicoanalítica actuales), es nuestro objetivo principal rastrear los distintos atolladeros de la cuestión homosexual en las primeras elucubraciones freudianas al respecto, en particular en sus *Tres ensayos de teoría sexual*. Además, con esto se podría confirmar que los existentes estudios de género de raigambre psicoanalítica así como los distintos enfoques feministas, los *gay and lesbian studies* y la crítica *queer* contemporáneos han sido beneficiados y considerablemente afectados por los despliegues teóricos freudianos “incipientes” que se explorarán a continuación.

Las primeras aproximaciones freudianas

El núcleo conceptual de la elaboración freudiana en torno a la cuestión de la homosexualidad masculina se encuentra esbozado, de manera puntual, en su escrito de 1905, *Tres ensayos de teoría sexual*,¹ sobre todo en el primer ensayo, el cual fue objeto de diferentes enmiendas y agregados en pies de página incluidos por el propio Freud, a

¹ Existen trabajos freudianos anteriores a *Tres ensayos* (1905) que hacen mención a la “homosexualidad”, pero solo de manera circunstancial. Tal es el caso, por ejemplo, del historial de Dora de 1901, en donde claramente expone que la histeria de esta se debe a una moción homosexual reprimida en tanto a quien verdaderamente ama no es al señor K sino a su esposa: “pudo sospecharse un simple factor: el amor homosexual hacia la señora K, de profunda raigambre” (Freud 1901: 92, nota 20). En esta misma línea, y hacia el final de este caso, Freud sostiene que existe una fuerte inclinación homosexual psíquica inconsciente en la etiología de toda neurosis al aseverar que: “antes de llegar a individualizar la importancia de la corriente homosexual en los psiconeuróticos me quedé muchas veces atascado, o caí en total confusión, en el tratamiento de ciertos casos” (Freud 1901: 105, nota 7). Esta aseveración implica que Freud ya consideraba la corriente homosexual como constituyente de toda psiconeurosis, pero que aún, en este momento de su elaboración (1901), no lograba dar cuenta teórica de ésta.

lo largo de más de veinte años de producción teórica. Los *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* constituyen un hito en el estudio de la sexualidad en general porque establecen que el sexo, más que ser un accidente biológico del acaecer humano, posee un componente psíquico irrefutable, en el sentido de que esta se puede rastrear más allá de los límites del cuerpo orgánico, a un nivel de la psique y la subjetividad, a propósito de la diferencia entre pulsión e instinto.

Por su parte, el título de este texto –teorías– alude tanto a las teorías de la sexualidad construidas por Freud al respecto, que incluye a la homosexualidad como una de sus posibles variantes, así como a la noción de que los niños (y luego los adultos) “construyen” distintas teorías para dar cuenta de los atolladeros del enigma de la sexualidad humana. Así, este escrito fundacional consta de tres ensayos de aproximación teórica sobre la sexualidad en las que se incluyen: 1) las perversiones sexuales, 2) la sexualidad infantil y 3) la sexualidad en la pubertad.

El primer ensayo, titulado “Las aberraciones sexuales”, debe su título, no a lo que Freud precisamente creía de la sexualidad, sino a lo que el estamento médico (psiquiátrico) de la época nombraba como “desviación”, a saber, la homosexualidad (masculina), la paidofilia (atracción erótica o sexual que una persona adulta siente hacia niños o adolescentes) y el bestialismo (o zoofilia: relación sexual de personas con animales) –tres tipos de “aberraciones” sexuales, según la concepción médica de principios del siglo veinte, que Freud también endosa a la concepción “popular” de la época–. El proyecto freudiano, al estudiar con cuidado los *Tres ensayos*, indica que estos tres tipos de “aberraciones” no deberían ser considerados la expresión de una depravación como tal, mucho menos el caso de la homosexualidad, aseveración que se irá dilucidando más claramente a lo largo de su formulación teórica posterior. Igualmente esto le servirá para definir el concepto de “pulsión” (*Trieb*), término que comprende todas aquellas desviaciones respecto del objeto sexual socialmente aceptado, de allí que nombre la homosexualidad en términos de “inversión” (con respecto a la norma social establecida, y no en sentido de degeneración constitutiva). En este primer ensayo, Freud inicialmente no solo pluraliza las maneras posibles de homo-sexualidad –sus diferentes modalidades–, sino que establece que ésta no es, de ninguna manera, un tipo de sexualidad innata, sino más bien “adquirida”, en el sentido que cada civilización

tiene sus propios modos de comprenderla; aunque al final de su elucubración asevera, sin reservas, que ésta no puede ser considerada ni innata ni adquirida. Así las cosas, la homosexualidad es definida como un componente “popular” (social) más de las distintas culturas y no un rasgo biológico congénito. Luego, Freud llegará a indicar que la “inversión” (homosexualidad) es una característica psíquica de la subjetividad ahí donde ésta se instala como una tendencia inconsciente y universal en todos los sujetos así llamados psiconeuróticos.

En dicho ensayo, Freud luego sostendrá que los niños son primeramente “perversos polimorfos”, para luego, vía la represión, convertirse en neuróticos cuando adultos, al afirmar que la neurosis es el negativo de la perversión, o sea, que el neurótico fantasea en su inconsciente lo que el perverso escenifica conscientemente. O expresado de otro modo: lo que para el perverso es escena, para el neurótico es fantasía. De aquí que también se pueda entender la homosexualidad como un tipo de “inversión” en tanto que, después de una vigorosa actividad sexual “perversa” en la infancia, la neurosis suplanta la perversión, *invirtiendo* su modo “constitucional” de actividad.

Luego este primer ensayo de teoría sexual concluye con un elaborado análisis de “otras” perversiones, a saber, la pedofilia, el bestialismo, el fetichismo, el sadomasoquismo, así como algunas otras prácticas de la infancia ligadas a la zona erógena de la boca. También cabe redundar al indicar que, en este ensayo, y en sentido estricto, para Freud, la inversión es diferente a la perversión, por cuanto la primera refiere a una elección de objeto que no está regida por la complementariedad sexual, mientras que la segunda pertenece a una posición del sujeto en relación con la castración (es decir, en términos de renegación o desmentida [*Verleugnung*]).

Elaboraciones freudianas sobre la homosexualidad en el varón

Pero ¿qué dice Freud específicamente sobre la homosexualidad masculina en sus *Tres ensayos*? El primero de ellos es de suma importancia pues allí es donde esboza su primera teoría sobre la homosexualidad, elaborada en términos de “inversión”. En todo caso, para comprender las así llamadas “aberraciones” sexuales, habría primero que delimitar la diferencia existente entre “objeto sexual” y “meta sexual”:

“Introduzcamos dos términos: llamamos *objeto sexual* a la persona de la que parte la atracción sexual, y *meta sexual* a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión. Si tal hacemos, la experiencia espigada científicamente nos muestra la existencia de numerosas desviaciones respecto de ambos, el objeto sexual y la meta sexual, *desviaciones cuya relación con la norma supuesta exige una indagación a fondo.*” (Freud, 1905: 123).

Así las cosas, se pueden establecer “desviaciones” con respecto al objeto (que incluye la inversión) y a la meta (que destacan las trasgresiones anatómicas y las fijaciones de metas provisionales, como el fetichismo). De esta manera, la inversión masculina constituye una desviación con respecto al *objeto sexual*, mientras que las perversiones la realizan con respecto a la *meta* o el fin.

Este primer ensayo es pues significativo de muchas maneras: primero, porque a partir de él, Freud rompe con la noción de “instinto” (*Instinkt*), a la vez que relativiza los conceptos de “meta” (*Ziel*) y “objeto” (*Objekt*) sexual al introducir en su discurso la noción de “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), central en su metapsicología y determinante en el examen de las así llamadas “perversiones” sexuales. En sentido estricto, el instinto es algo fijo y su meta es siempre la misma, a saber, la satisfacción; mientras que con la pulsión, tanto el objeto como su meta se relativizan, pluralizan y parcializan ahí donde esta es definida como el litoral existente entre lo somático y lo psíquico.

El siguiente esquema general del primer ensayo de teoría sexual, “Las aberraciones sexuales”, a propósito de la homosexualidad en el varón, dilucida, de manera más puntual, la categorización freudiana al respecto:

1. *Desviaciones con respecto al objeto sexual:*

A. *La inversión (absolutos, anfigenos y ocasionales) → homosexualidad masculina.*

B. *Personas genésicamente inmaduras (infantilismo) y animales como objetos sexuales (bestialismo).*

2. *Desviaciones con respecto a la meta (fin) sexual:*

A. *Trasgresiones anatómicas (sobreestimación del objeto sexual) → Fetichismo (normal y patológico) → (ver y oler).*

B. Fijaciones de metas sexuales provisionales (desviación de la meta sexual) → voyerismo, exhibicionismo, masoquismo (primario/secundario), sadismo → (tocar).

3. *Consideraciones generales sobre todas las perversiones.*

4. *La pulsión parcial en los psiconeuróticos.*

5. *Pulsiones parciales y zonas erógenas:*

Fase oral (par sujeto/objeto); fase sádico-anal (par activo/pasivo); fase fálica (par castrado/no-castrado) y fase genital (par masculino/femenino).

6. *Explicación sobre la preeminencia de la sexualidad perversa en el caso de las psiconeurosis.*

7. *Referencia al “infantilismo” en el devenir de la sexualidad humana.*

De esta forma, la homosexualidad (masculina y femenina) se considera un tipo de “inversión” en relación con el objeto “normal” sexual, según lo estipulan las civilizaciones patriarcales y “populares” de la época en que Freud propone su teoría sexual. Al respecto comenta:

“La fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades –macho y hembra– que aspiran a reunirse de nuevo en el amor se corresponde a maravilla con la teoría popular de la pulsión sexual. *Por eso provoca gran sorpresa enterarse de que hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer, sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la mujer.* A esas personas se las llama de sexo contrario [según la norma, y no según lo que piensa Freud como psicoanalista] o, mejor, invertidas; y al hecho mismo, *inversión.* *El número de esas personas es muy elevado, aunque es difícil averiguarlo con certeza.*” (Freud, 1905: 124; el subrayado es nuestro)

A partir de esta acotación, Freud también señala que no todos los invertidos son iguales, sino que confluye una diversidad de ellos que él mismo clasifica en tres grandes grupos; a saber, 1. Los invertidos *absolutos* (aquellos cuya elección de objeto –de su mismo sexo– es exclusiva. Vale decir que el sexo contrario nunca es objeto de su placer sexual); 2. Los invertidos *anfígenos* (su objeto sexual puede considerar a uno u otro

sexo [lo que Freud denominaba entonces hermafroditismo psicosexual o bisexualidad]. En este caso, la inversión no posee carácter de exclusividad); y finalmente, 3. Los invertidos *ocasionales* (“vale decir, bajo ciertas condiciones exteriores, entre las que descuellan la inaccesibilidad del objeto sexual normal y la imitación, pueden tomar como objeto sexual a una persona del mismo sexo y sentir satisfacción en el acto sexual con ella”, concluye Freud, 1905: 124).

Este tipo de categorización promueve la idea de que la homosexualidad efectivamente bien puede constituir un tipo de perversión, pero también puede resultar en un rasgo plausible de ser encontrado, de igual manera, en las estructuras neuróticas y psicóticas, tal y como se conocen en la actualidad. Es decir, existen diferentes modos de sobrellevar la “inversión” sexual:

“Los invertidos muestran, además, una *conducta diversa* en su juicio acerca de la particularidad de su pulsión sexual. Algunos toman la inversión como algo natural, tal como el normal considera la orientación de su libido, y defienden con energía su igualdad de derechos respecto de los normales; otros se sublevan contra el hecho de su inversión y la sienten como una compulsión patológica. *Otras variaciones* atañen a las relaciones temporales. [...] Este carácter puede conservarse durante toda la vida, o bien desaparecer en algún momento, o bien representar un episodio en la vía hacia el desarrollo normal; y aun puede exteriorizarse sólo más tarde en la vida, transcurrido un largo período de actividad sexual normal. También se ha observado una fluctuación periódica entre el objeto normal y el invertido. [...] En general, estas *diversas series de variaciones coexisten con independencia unas de otras*. En el caso de la forma más extrema tal vez pueda suponerse regularmente que la inversión existió desde una época muy temprana y que la persona se siente conforme con su peculiaridad.” (Freud, 1905: 124-25; el subrayado es nuestro)

Esto implica que la homosexualidad sólo puede ser comprendida si se le distingue dentro de un amplio espectro de posibilidades psíquicas y subjetivas. Al respecto, señala Lucia D’Angelo que “más bien se trata de presentar la incidencia del rasgo de inversión en una secuencia lógica temporal, de forma tal que tanto la infancia como la pubertad

sean articuladas como momentos de escansión que valen más por sus particularidades como escenario que por su definición biológica” (2004: 23).

De esta manera, este tipo de elucubración teórica le lleva a preguntarse a Freud si la inversión es una condición de carácter ingénito o adquirido, a lo que responde que ninguna de las dos opciones es fiable: no es ni innata ni aprendida, para lo cual ofrece diferentes argumentos. Con respecto a los que suponen que la inversión es de carácter adquirido, sostiene que, primero, en muchos invertidos (aun en los de tipo absoluto) puede rastrearse una impresión sexual que los afectó en una época temprana de su vida (es decir, que a partir de un momento particular de su vida se puede señalar su inclinación o elección de objeto homosexual; o sea, que hay algo que les ocurrió a una temprana edad y se puede considerar esto como un suceso fundante); segundo, en muchos otros casos es posible indicar las influencias externas que propiciaron la inversión (pone como ejemplo los soldados de un ejército en guerra que conviven mucho tiempo entre ellos, y por esto se presenta la posibilidad contingente de recurrir a la “inversión” temporal) y, por último, la inversión podría eliminarse por medio de sugestión hipnótica, lo cual sería inconcebible si se tratara de un hecho de carácter innato. Esta última es la más significativa: si se pudiera “curar” la inversión entonces habría que reconocerla como adquirida (y si fuese innata sería imposible curar al homosexual: “así vistas las cosas, puede ponerse en entredicho la existencia misma de una inversión innata”, Freud, 1905: 127).

En todo caso, la “inversión” es considerada “desvío” únicamente con respecto al objeto, y no como perversión o patología constitucional, a lo que Freud refuta la concepción (hétero) normativa y popular sobre el componente “degenerativo” e innato de la homosexualidad, al sostener que “tropezamos con hechos que prohíben concebir la inversión como signo degenerativo” (Freud, 1905: 126), para luego afirmar que “nos vemos llevados a esta conjetura: la alternativa innato-adquirida es incompleta, o no abarca todas las situaciones que la inversión [homosexualidad] plantea” (Freud, 1905: 128). Al respecto, propone Jean Laplanche que “esta concepción ‘popular’ es, al mismo tiempo, una concepción biologizante en la que la sexualidad, la *pulsión* sexual, se concibe siguiendo el modelo del *instinto*, de la respuesta a una necesidad natural, cuyo paradigma es el hambre” (2001: 24); para concluir aseverando que Freud deconstruye

dicha concepción popular para luego someterla a una dura crítica cultural y médica, impugnándola.

Nuevamente dos acotaciones importantes se desprenden de esta elucubración freudiana respecto a la constitución innato-adquirida de la homosexualidad: primero, que la inversión puede ser una formación perversa en sí misma, o bien, solamente constituir un rasgo perverso en algunos sujetos; y segundo, que existen invertidos que aceptan su homosexualidad, mientras que hay otros que la repudian. En este último caso es que el psicoanálisis podría ayudar a sobrellevarla (no para anularla, ni para curarla, sino para ayudar a “soportarla”). En un pie de página agregado en 1910 a sus *Tres ensayos*, Freud asevera que “el hecho de que una persona se revuelva así contra la compulsión a la inversión podría ser la condición para que pueda ser influida por un tratamiento por sugestión, o por un psicoanálisis” (Freud, 1905: 125, nota 5).

Esta polémica sobre el binomio de lo innato y lo adquirido respecto a la inversión también le permite a Freud articular su teoría sobre la “bisexualidad” que despunta ante la aseveración de que todos los seres humanos poseen características tanto masculinas como femeninas, muy similar al caso de los hermafroditas anatómicos:

“En efecto, cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para tomar sobre sí otras funciones.” (Freud, 1905: 129)

Esto implica que los hombres poseen, de alguna manera, características psíquicas femeninas y que las mujeres ostentan particularidades igualmente masculinas: “La concepción que resulta de estos hechos anatómicos conocidos de antiguo es la de *una disposición originariamente bisexual* que, en el curso del desarrollo, se va alterando hasta llegar a la monosexualidad con mínimos restos del sexo atrofiado” (el destacado es nuestro, Freud, 1905: 129). A partir de esto, Freud pasa a sostener que, en el ámbito de lo psíquico, también existe cierta hibridez subjetiva, a saber, que todos los sujetos poseen una disposición psíquica a la bisexualidad, en donde habría que “comprender la inversión en sus distintas variedades como expresión de un hermafroditismo [bisexualidad] psíquico” (Freud, 1905: 129).

La teoría de la bisexualidad psíquica le permite a Freud resaltar nuevamente su supuesto de que, en el caso de la homosexualidad, la inversión sólo ocurre con respecto al objeto y no en referencia a la meta sexual: “el hermafroditismo psíquico ganaría en verosimilitud si con la inversión del objeto sexual corriera paralelo un vuelco de las otras propiedades anímicas, pulsionales y rasgos de carácter, hacia la variante que es peculiar del otro sexo [...]. *En los hombres, la más plena virilidad anímica es compatible con la inversión*” (Freud, 1905: 129). Asimismo, esta aseveración impugna, por su parte, las teorías reduccionistas y populares en boga de su época que referían a un tercer sexo, es decir, a la idea de que un homosexual era una mujer atrapado en el cuerpo de un hombre, aseveración freudiana que acentúa la idea de que no hay relación taxativa entre homosexualidad masculina y afeminamiento, o en su defecto, entre inversión y transexualidad:

“No es lícito concebir tan estrechas las relaciones entre la hibridez psíquica supuesta y la hibridez anatómica comprobable. Lo que a menudo se halla en los invertidos es una disminución de la pulsión sexual en general y ligeras atroñas anatómicas de los órganos [...]. Es preciso reconocer, por tanto, que inversión [homosexualidad] y hermafroditismo somático [transexualidad] son, en líneas generales, independientes entre sí.” (Freud, 1905: 129)

Así, Freud llega a la conclusión de que la inversión es una cuestión subjetiva que se juega al nivel de lo psíquico, más que en lo genital, la cual se impone a partir de cierto privilegio bisexual psíquico en el que se interpone el objeto (*Objekt*) sexual, pero no su fin (*Ziel*).

Es decir, lo que se invierte no es su meta, sino el objeto sexual del invertido: “El problema de inversión es sumamente complejo y abarca tipos muy diversos de actividad y desarrollo sexuales. Debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión, *según se haya invertido el carácter sexual del objeto o el sujeto* (el destacado es nuestro, Freud, 1905: 132, nota 13 añadida en 1910). A lo que adiciona en una nota de 1915: “*La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos*” (Freud, 1905: 132).

En su célebre nota número 13 al pie de página de sus *Tres ensayos*, enmendada consecutivamente en los años de 1910, 1915 y 1920, Freud intenta proveer una teoría de la etiología de la homosexualidad masculina, a partir de los siguientes supuestos: primero, el invertido se identifica de manera particular con la mujer (más precisamente, con la madre como primer objeto de amor); segundo, este realiza una elección “invertida” de objeto (en tanto no busca un objeto femenino [es decir, diferente a él] para satisfacer su pulsión sexual, sino uno semejante a él mismo); para finalmente sostener que la inversión se establece ante una identificación “narcisista” de objeto:

“En todos los casos indagados comprobamos que las personas después invertidas atravesaron en los primeros años de su infancia una fase muy intensa, pero también muy breve, de fijación a la mujer (casi siempre a la madre), tras cuya superación se identificaron con la mujer y se tomaron a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscaron a hombres jóvenes y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado.” (Freud, 1905: 132, nota 13).

Para luego asentar que “la vigencia de la *elección narcisista de objeto* y la *retención* de la importancia erótica de la *zona anal* aparecen como sus caracteres más esenciales” (Freud, 1905: 133). Y termina aseverando que “la falta de un padre fuerte en la infancia favorece no rara vez la inversión” (Freud, 1905: 133).

Ya se reiteró que la homosexualidad no es lo mismo que la perversión. Es decir, si la *inversión* constituye una desviación con respecto al objeto sexual, por su parte, las *perversiones* representan una derivación con respecto a su fin, las que Freud clasifica en dos grandes grupos: primero, las transgresiones anatómicas, vale decir, las que representan una sobreestimación del objeto sexual que no corresponden al genital, en las que se encuentra el fetichismo; y segundo, las fijaciones de metas provisionales, que incluyen el voyerismo, el exhibicionismo, el sadismo y el masoquismo. En el primer tipo de perversiones, el de las transgresiones anatómicas, se juega una sobreestimación del objeto genital donde se abarca todo el cuerpo “y tiende a incluir todas las sensaciones que parten del objeto sexual” (1915: 136); por ejemplo, donde el sujeto varón tiende a reemplazar la vagina por las cavidades de la boca y el ano que “elevan el

reclamo, por así decir, de ser considerados y tratados [la boca y el ano] ellos mismos como genitales” (Freud, 1905: 139).

Y es a partir de este tipo de transgresión anatómica que Freud elabora su teoría sobre el fetichismo y el objeto fetiche. A diferencia de la inversión, que corresponde a una desviación con respecto al objeto sexual, la cual no es considerada por Freud como una “patología” en sí, el fetichismo, por su parte, constituye una anomalía justamente porque ocurre como una desviación con respecto, no al objeto, sino a la meta sexual misma, “y además, cuando el fetiche se desprende de esa persona determinada y pasa a ser un objeto sexual por sí mismo. Estas son las condiciones generales para que *meras variaciones de la pulsión sexual se conviertan en desviaciones patológicas*” (Freud, 1905: 140; el subrayado es nuestro). De esta manera, separa la homosexualidad (desviación respecto al objeto) de las perversiones estrictamente hablando (desviación con respecto a la meta) por cuanto “inversión” no es lo mismo que “perversión”.

Luego, en el siguiente apartado de este primer ensayo de teoría sexual, Freud examina las diferentes fijaciones de metas sexuales provisionales que corresponden también a las desviaciones con respecto al fin sexual, en el cual analiza las mociones de tocar y oler así como las de ver y ser visto. Igualmente, trabaja las pulsiones activas y pasivas de pegar y ser pegado que se encuentran en el sadismo y el masoquismo, respectivamente. Freud concluye este primer ensayo de teoría sexual con una sección referente a distintas consideraciones generales sobre las perversiones, subrayando la importancia de la pulsión sexual en los neuróticos así como la preponderancia hacia lo perverso que se encuentra en ellos, confirmando que los síntomas son, por así decirlo, la práctica sexual de los neuróticos ahí donde la neurosis corresponde al negativo de la perversión.

Finalmente, Freud concluye indicando que, después de todo, las mociones homosexuales son “normales” en todos los sujetos neuróticos, ya que la inversión psíquica es universal de la subjetividad humana:

“En la vida anímica inconsciente de todos los neuróticos (sin excepción) se encuentran mociones de *inversión*, de fijación de la libido en personas del mismo sexo [...]. Sólo puedo asegurar que *la inclinación inconsciente a la*

inversión nunca falta y, en particular, presta los mayores servicios al esclarecimiento de la histeria masculina.” (Freud, 1905: 151).

A lo que le agrega en una nota al pie de página: “La psiconeurosis se asocia también muy a menudo con una inversión [homosexualidad] manifiesta. En esos casos, la corriente heterosexual ha sido víctima de una sofocación plena” (Freud, 1905: 151).

En fin, el psicoanálisis freudiano enseña que no existen sujetos “normales” en tanto todos atravesarán, de una u otra manera, por los atolladeros “perversos” de la sexualidad, vía la pulsión sexual, el complejo de Edipo, los diferentes estadios del constituir psíquico y la represión. Aquí el concepto clave de “pulsión sexual” destaca el análisis sobre la elección de objeto “invertido” mostrando que su carácter sobredeterminado compromete cualquier intento de clasificarla como una patología, del mismo modo que desestigmatiza el acento ideológico y heteronormativo presente en la versión popular de entonces sobre el tema de la homosexualidad.

Con igual talante, se pudo notar cómo Freud pone en tela de juicio la definición “innata” de la inversión. Tal término conlleva implícita la idea de un vínculo determinista entre la pulsión sexual y el objeto sexual, supuesto divergente respecto a la contingencia del objeto de la pulsión. Si el objeto de la pulsión es variable, contingente y parcial, es posible que no exista “norma” en cuanto a la elección de objeto. De acuerdo con la meta sexual de los homosexuales, Freud excluye la posibilidad de que sea única; es decir, se trata más bien de una serie de actos que conducen al placer sexual. En vez de una meta general, se tienen, en este caso, metas específicas, efectos de acciones determinadas y sectorizadas hacia tal o cual objeto:

“Es importante retener un hecho: de ningún modo puede hablarse de meta sexual única en el caso de la inversión [homosexualidad]. En los hombres, comercio per anum e inversión no coinciden totalmente [...] También entre las mujeres invertidas son múltiples las metas sexuales; entre estas, el contacto con la mucosa bucal parece privilegiada.” (Freud, 1905: 134; el subrayado es nuestro)

La conclusión de esta sección es significativa, tanto en relación con los alcances teóricos de la presente obra freudiana como con respecto a los desarrollos posteriores en

torno a la sexualidad humana, en general y las así llamadas “perversiones sexuales”, en particular. A partir del estudio de las desviaciones respecto al objeto sexual se hace necesario relativizar el supuesto vínculo entre pulsión y objeto sexual, pues la relación entre ambos es más amplia de lo que se supone: “probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste” (Freud, 1915: 134). Pero, a pesar del carácter “variable” del objeto, Freud sugiere que debe existir algo “constante” en la pulsión sexual ya que en algunos individuos, “la clase y el valor del objeto sexual pasan a un segundo plano” (Freud, 1915: 136).

Es en el apartado correspondiente a las desviaciones con respecto al fin (meta) sexual donde Freud introduce el término “perversión” (*Perversion*), el cual le sirve como punto de anclaje para orientarlo en el análisis de las psiconeurosis y, consecuentemente, de la sexualidad infantil polimorfa, en el sentido de que las perversiones no evidencian exclusivamente el desvío de la meta pulsional porque también se inscriben en la economía de los procesos sexuales considerados “normales” de todos los sujetos. Es decir, todos los seres humanos, debido a la injerencia reiterativa de la pulsión, son, de alguna manera, “perversos”. Con respecto a esta perversión “normal” de los sujetos, valga el oxímoron, Leo Bersani advierte que:

“La sexualidad se manifiesta a sí misma en una variedad de actos sexuales y en una variedad de actos supuestamente no sexuales, pero su excitación constitutiva es la misma en la cópula amorosa de dos adultos, la sumisión ilimitada de un esclavo ante la paliza de su amo impiadoso y la masturbación del fetichista llevada a cabo con una pantufla plateada acariciada con ardor.” (Bersani, 2011: 58).

Así, es decisiva, y no sin efectos, la ruptura de Freud con la concepción tanto popular de su tiempo como con la médica decimonónica sobre la etiología de las perversiones. Al mencionar explícitamente la contundencia del proceso sexual perverso en relación con el devenir sexual “normal” humano, Freud se separa de modo categórico de todas las nociones clásicas de las perversiones entendidas como desviaciones con respecto a normas, en todo caso, son consideradas “desviaciones” en relación ya sea con el objeto sexual o con su fin, nunca en relación con la así llamada “normalidad”. Si en un primer momento anterior a Freud, las perversiones implicaban un “desvío” con

respecto a las normas imperantes, como desviación del instinto; con la concepción freudiana, terminan por apropiarse de la regla:

“La excepción que debería suponer la existencia de un instinto definido, de una función sexual preexistente, con sus normas de ejecución bien definidas, termina por minar y destruir el concepto de norma biológica. Toda la sexualidad concluye transformándose en perversión, al menos toda la sexualidad infantil.” (Laplanche, 2001: 36)

En fin, para Freud, la perversión se inscribe directamente en la norma misma, y constituye una de sus variables constantes más “normales” y plausibles de la sexualidad de todo ser humano.

En definitiva, Freud sienta sus primeras bases teóricas de la homosexualidad en los *Tres ensayos* de 1905, sobre todo con sus agregados y notas subsecuentes. Se pudo observar que este escrito constituyó un hito paradigmático en la conceptualización de la sexualidad humana en general, especialmente a partir de sus elucubraciones en torno a la sexualidad infantil, la nosología de las perversiones y, sobre todo, la impugnación a las visiones científicas y populares de aquella época en relación con la homosexualidad, principalmente con respecto a su etiología y su supuesta “patología”. No obstante, este se dedica a ampliar dicho tema en diversos escritos a lo largo de su extensa obra analítica, sobre todo en textos como “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” (1910), “Introducción del narcisismo” (1914) y “Fetichismo” (1927), específicamente, en donde elabora de manera más detallada y específica el tema de la homosexualidad en el varón.

Conclusiones

En suma, las primeras elucubraciones freudianas en torno a la homosexualidad masculina se desprenden de la aseveración, contenida en *Tres ensayos de teoría sexual*, de que no existe una relación contingente entre la libido sexual y su objeto, sino que ésta depende, más bien, de otros avatares de la subjetividad en tanto la inclinación o

elección de un sujeto por cierto tipo de objeto no está determinada por su anatomía, puesto que no existe ninguna predisposición biológica que haga elegir a un sujeto un objeto sexual específico, sea este homosexual, heterosexual u otro. El objeto sexual se escoge debido a contingencias de otro orden.

Tres ensayos, con todos sus agregados y pies de página correspondientes, es un texto seminal que aborda primeramente la cuestión de la elección sexual a partir de la diferenciación existente entre instinto y pulsión. En dichos ensayos, Freud cuestiona el prejuicio popular que existe en torno a la elección heterosexual en donde discute la idea viciada de que la sexualidad “normal” está reservada exclusivamente al servicio de la reproducción. Para esto analiza la cuestión de la elección de objeto por cuanto “una de las tareas que plantea la elección de objeto consiste en no equivocarse el sexo opuesto. Como es sabido, no se soluciona sin ningún tanteo” (Freud, 1905: 209). Freud acepta que la solución heterosexual es la opción privilegiada por la aquiescencia social, a pesar de que existen diversas salidas posibles y soluciones con respecto tanto al objeto como a la meta sexuales de un sujeto. Esto implica que no hay nada “normal” en la sexualidad humana, sino que su característica esencial es, en todo caso, ser de naturaleza “perversa”. De hecho, Freud inicia su primer ensayo de teoría sexual acotando lo siguiente:

“El hecho de la existencia de necesidades sexuales en el hombre y en el animal es expresado en la biología mediante el supuesto de una ‘pulsión sexual’ [...]. La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de esta pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. *Pero tenemos pleno fundamento para discernir en esas indicaciones un reflejo o copia muy infiel de la realidad.*” (Freud, 1905: 123).

De esta manera, Freud objeta que el destino heterosexual sea lo “normal” en la naturaleza, cuestionándose la “atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre otro”.

Incluso, más adelante en la redacción de sus *Tres ensayos*, Freud asegura que no existe ninguna prueba que sostenga la salida heterosexual como una solución innata de la especie sino, por el contrario, que la elección de objeto de hombres por mujeres o de mujeres por hombres no debe ser tomada como algo congénito, sino como resultado de presiones sociales que algunos sectores de la humanidad promueven: “ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento” (Freud 1905: 132). Es sólo a partir de la pubertad y por apremio social, que la heterosexualidad se erige como solución “normal”: “Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (Freud 1905: 189).

Freud sostiene que la sexualidad perversa, polimorfa, egoísta y autoerótica del infante se torna en heterosexual “normal” –altruista, dirá él– solamente una vez que éste entra en la pubertad, porque antes de eso, la sexualidad humana es, antes que nada, “perversa y a-normal”, distinta a la función “normal” de la reproducción:

“La nueva meta sexual [en la pubertad] consiste para el varón en la descarga de los productos genésicos. En modo alguno es ajena a la anterior [a la infantil perversa], al logro del placer; más bien, a este acto final del proceso sexual va unido el monto máximo de placer. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de la reproducción; se vuelve, por así decir, altruista.” (Freud, 1905: 189).

De aquí en más, Freud tratará de demostrar que es insostenible la aseveración imperante de que la sexualidad adulta esté sometida exclusivamente a la meta genésica, amén de las imposiciones sociales de querer centralizar la solución heterosexual reproductiva como la única norma posible.

Por lo tanto, la regla a la que se puede hacer énfasis es que la sexualidad humana no es para nada “normal” sino “perversa”, constitucionalmente hablando: “*la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos*, y a partir de ella, a consecuencia de alteraciones orgánicas e inhibiciones psíquicas, se desarrolla en el curso de la maduración la conducta sexual normal” (Freud, 1905: 211; el subrayado es nuestro).

Así las cosas, Freud manifiesta que la inversión, u homosexualidad, no puede ser explicada como un accidente innato de la biología puesto que “en la explicación más burda, a saber, que una persona trae consigo, innato, el enlace de la pulsión sexual con un objeto sexual determinado” (Freud, 1905: 128) es impugnable. Dicha aseveración es inadmisibles porque tal posición no consigue esclarecer satisfactoriamente la génesis de la homosexualidad. Después de todo, “la hipótesis de que la inversión es innata no explica su naturaleza, como no la explica la hipótesis de que es adquirida” (Freud, 1905: 128).

En sus *Tres ensayos*, Freud también fue claro con respecto a la incongruencia existente entre la elección de objeto y el carácter psíquico del sujeto; es decir, que a la inversión masculina no hay que confundirla con la feminidad o la pasividad. Al respecto, afirma que “no cabe duda de que una gran parte de los invertidos masculinos han conservado el carácter psíquico de la virilidad” (Freud, 1905: 131). Es decir que el “carácter psíquico de la virilidad” está tan presente en homosexuales como en heterosexuales, a salvaguarda de lo que Freud entiende por “carácter psíquico”, el cual define en una nota a pie de página de sus *Tres ensayos* donde advierte que “debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión [homosexualidad] según se haya invertido el carácter sexual del *objeto* o del *sujeto*” (Freud, 1905: 132, nota 13 de 1910); lo que implica que la inversión puede ser, estrictamente hablando, de *objeto* (hombres que eligen hombres o mujeres que escogen mujeres, como objeto sexual) o de *sujeto* (hombres que deciden convertirse en mujeres o mujeres que deciden “hacerse” hombres). Sobre esto último, está de más decir que Freud nunca abordó la inversión de sujeto, a saber, lo que ahora podría llamarse transexualidad o soluciones transgénero, como tal.

En suma, Freud colige que la elección de objeto es totalmente independiente de la orientación social (sexual) del sujeto, y que no debe confundirse una con la otra: “[...] es lícito exigir que se separe, en el plano conceptual, la inversión de objeto de la mezcla de caracteres sexuales en el interior de su sujeto” (Freud, 1905: 132, nota 13 de 1915).²

² Freud elabora la cuestión de la no-relación entre elección de objeto y orientación sexual de manera más acabada quince años después de sus *Tres ensayos*, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, de 1920. Allí sostiene que: “Un hombre con cualidades predominantes viriles, o que exhibe también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera llamativa las cualidades femeninas, y aunque se porte en el amor con una mujer, en virtud de esa

En esto Freud fue contundente: no hay que equivocarse el carácter masculino o femenino de un sujeto con su naturaleza anatómica, ni esta última con una posible elección de objeto, es decir, no se nace heterosexual u homosexual, sino que es algo que se decide en otro terreno, más allá de lo biológico: “La bibliografía sobre la homosexualidad no suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto, por un lado, y el del carácter y la actitud sexuales, por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro” (Freud, 1920: 162). De esta manera, Freud divorcia las vicisitudes de la orientación sexual del proceso de elección de objeto, por un lado; y de la anatomía, por otro, para luego sostener que lo que se juega en el universo de la sexualidad no es masculinidad o femineidad, sino, más bien, actividad o pasividad.

Todo este deambular por los atolladeros relacionados con lo masculino y lo femenino, lo activo y lo pasivo, lo normal y lo anormal, lo homosexual y lo heterosexual, inclusive con aquello que significa ser hombre o ser mujer, no es algo que se juegue en el campo de lo anatómico; no es del orden de la biología ni tampoco posee un carácter adquirido, sino que eso debería buscarse, en todo caso, en los avatares de la subjetividad, en los recovecos de “otra” escena, a saber, en las intermediaciones de lo inconsciente y lo psíquico. De aquí en más, Freud se opone “tajantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos” (Freud, 1905: 132, nota 13).

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2018

Fecha de aprobación: 24 de septiembre de 2018

actitud femenina, debería estar desinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija” (Freud, 1920: 161-62).

Bibliografía

- Bersani, L. (2011). *El cuerpo freudiano. Psicoanálisis y arte*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- D' Angelo, L. (2004). *La homosexualidad masculina. Ensayos freudianos sobre la sexualidad*. Madrid: Síntesis.
- Freud, S. (1901 [1905]). "Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)". Vol. VII (pp. 1-108). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1905). "Tres ensayos de teoría sexual". Vol. VII (pp. 109-222). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1920). "Sobre las psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". Vol. XVIII (pp. 137-164). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Lacan, J. (1972). "El atolondradicho". En *Otros escritos* (473-522). Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Laplanche, J. (2001). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.